

Andrés Gallardo*

OCTAVIO PAZ, IDENTIDAD Y LENGUAJE

1. Este fin de siglo –y de milenio– en que la mentada globalidad parece abarcar todos los aspectos de la actividad humana, traspasando fronteras políticas y culturales, paradójicamente ha exacerbado en todos los ámbitos la inquietud por conocer, asumir y expresar las diferentes formas de identidad de las personas y de las sociedades. En este contexto, el reencuentro con la obra vasta y compleja de Octavio Paz resulta un remanso particularmente enriquecedor para el lector latinoamericano. Activo militante de la progenie ilustre de la “inteligencia americana” delineada por Alfonso Reyes, Octavio Paz se planteó, desde sus primeros trabajos, las cuestiones centrales del pensamiento humano en una perspectiva lúcida y explícita de intelectual mexicano del siglo veinte.

Tema central y conductor de la obra toda de Octavio Paz es el problema de la identidad, desde las reflexiones

* Universidad de Concepción

mexicanas desgarradas de *El laberinto de la soledad* y los primeros poemas de *Libertad bajo palabra* hasta las obras de madurez, escritas bajo el peso de la experiencia del contacto con otras culturas y el peso mayor del reconocimiento internacional. Lo notable es que todo ese esfuerzo de creación, de reflexión, de crítica cultural, asume plena validez sólo al expresarse desde su mero centro mexicano, es decir, la elaboración más abstracta resulta vacía si no se centra desde una concreción muy afinada, tanto en lo histórico y geográfico como en lo personal. Fidel Sepúlveda ha iluminado con acierto este aspecto de la obra de Paz:

La idea no se siente dicha si no es a través de una presencia que la hace audible, visible, palpable, gestable. La idea está cuando ocupa un lugar, un tiempo, asume un gesto, participa en un hacer. Las ideas sienten y acogen el imperativo de revelarse y esto acontece liberando materia con qué manifestar el espíritu. (Sepúlveda y Cecereu, 1993: 16)

Interrogarse sobre el sentido y validez de la identidad del ser humano es plantearse el cómo se asienta esa identidad en su entorno social y su trasfondo histórico. Así, Octavio Paz entiende la historia de México como el drama de una búsqueda y escamoteo permanentes del propio ser:

Toda la historia de México, desde la conquista hasta la revolución, puede verse como una búsqueda de nosotros mismos, deformados o enmascarados por instituciones extrañas, y de una Forma que nos exprese. (Paz, 1983: 148)

La tarea intelectual, transida por cierto de emocionalidad, que asume Octavio Paz consiste en buscar esa Forma, describirla y desentrañar su sentido. Por cierto, es consciente de que dicha Forma es de complejidad tal, que no se agota en

una fórmula ni menos en una consigna, sino que sólo se puede ir cercando y deslindando en parcialidades, a las que da validez la orientación inicial. De este modo, se van arrancando jirones, como pinceladas tímidas y algo burdas, en un asedio a los distintos aspectos del existir mexicano. Aquí, más que el método riguroso del historiador o del antropólogo, más que el análisis erudito del filólogo, sirve de guía una sensibilidad que podríamos llamar culta e ilustrada. Por ejemplo, en ese asedio temprano y ejemplar a las manifestaciones de la cultura mexicana que es *El laberinto de la soledad*, hallamos incisiones notables, como esa interpretación semiológica (que no invalida ninguna otra perspectiva, sino que las enriquece a todas) de la revolución mexicana como apoteosis de identidad:

La Revolución es una súbita inmersión de México en su propio ser... La Revolución apenas si tiene ideas. Es un estallido de la realidad: una revuelta y una comunión, un trasegar de viejas sustancias dormidas, un salir al aire muchas ferocidades, muchas ternuras y muchas finuras ocultas por el miedo a ser. ¿Y con quién comulga México en esta sangrienta fiesta? Consigo mismo, con su propio ser. México se atreve a ser. La explosión revolucionaria es una sangrienta fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin, en abrazo mortal, al otro mexicano. (Paz, 1983: 134)

Hay que insistir en que Octavio Paz no procede aquí como historiador o sociólogo en un sentido técnico, y tampoco como un “dilettante” de la cultura, sino como un intelectual mexicano muy culto y muy sensible que conoce bien la historia y la estructura social de su país y, sobre todo, como alguien que ha reflexionado inteligentemente sobre su identidad. Por ello, es también consciente de la permanente

contradicción de todo el actuar y de todo el reflexionar mexicano –y latinoamericano– cuando de identidad se trata: se busca pero no se quiere encontrar, se expresa pero escamoteadamente, esto es, tratando de mostrar una imagen contrahecha que simplemente no se corresponde con realidad alguna, como si al tratar de satisfacer engañosamente al otro pudiéramos, de rebote, satisfacernos a nosotros mismos. Reveladora es la página donde comenta el tradicional grito “viva México, hijos de la chingada” (de sentido subterráneo muy similar a nuestro “viva Chile, mierda” en lo que tiene de agresividad escatológica y enmascaramiento de la propia precariedad). Octavio Paz, consciente de que raigones elementales de la fibra vital mexicana son de cuño indígena, consciente también de la incapacidad de definirlos y asumirlos más allá de la asertividad retórica, está siempre en guardia en contra de la abundantísima literatura ostentadora de la identidad “oficial” de su México. Su esfuerzo es escarbar en las conductas que revelan actitudes subyacentes. Así, desde fuera, y con orientaciones e intereses diversos, es frecuente leer afirmaciones como la siguiente:

... el mejicano (sic) ha permanecido fiel, en algunos puntos, al legado lingüístico de sus antepasados aztecas... La tradición precolombina, nunca del todo interrumpida, permanece viva en nuestros días. (Malmberg, 1971: 206)

Por cierto, Octavio Paz ha tenido siempre conciencia de esa continuidad y de otras que ligan a los mexicanos con sus pasados, al punto de que, precisamente, ve como un componente básico de su identidad el conflicto, esto es, una vivencia contradictoria de su herencia étnica y cultural que se proyecta en una vivencia también contradictoria de su presente. Por eso entiende que el grito de marras, casi tanto

grito de auxilio como de afirmación, encierra una desgarrada visión del mundo:

Nuestro grito es expresión de la voluntad mexicana de vivir cerrados al exterior, sí, pero sobre todo, cerrados frente al pasado. En ese grito condenamos nuestro origen y renegamos de nuestro hibridismo. La extraña permanencia de Cortés y de la Malinche en la imaginación y en la sensibilidad de los mexicanos actuales revela algo más que figuras históricas: son símbolos de un conflicto secreto, que aún no hemos resuelto. (Paz, 1983: 78)

Es del todo evidente que lo dicho hasta el momento no pretende ser un análisis de la posición de Octavio Paz ante el problema de la identidad mexicana. El objetivo ha sido señalar cómo, ya en *El laberinto de la soledad* (publicado en 1950 como compilación de ensayos aun anteriores), la reflexión acerca de este asunto es central en su trabajo intelectual y es rica en intuiciones y acercamientos tan certeros como iluminadores. La identidad, sin dejar de ser objeto de elaboración intelectual, se constituye en urgencia ética y vital candente, porque sólo desde un saber quien se es concreto y asumido, esto es, encarnado en el complejo de circunstancias pasadas y presentes, es posible hallar el lazo que une y da sentido de pertenencia. Paz descubre contradicciones, negaciones y afirmaciones, enfrenta vacíos, pero entiende que tras esa compleja historia hay un México de verdad, hay individuos que buscan una Forma, con mayúscula, capaz de expresarlos. Entiende que las Historias, la oficial y las transgresoras, no han sido capaces de descubrir esa Forma y su aporte inicial es la búsqueda de una clave que permita avizorarla al menos. Desde luego, tal clave es de naturaleza social, puesto que hablamos de identidad nacional. El problema es que las consideraciones étnicas o sociológicas no

parecen ser, en principio, la mejor vía de acceso. En cuanto a la perspectiva étnica, porque contiene en sí misma una fibra íntima de contradicción aún no resuelta. En cuanto a lo sociológico, por promisorio que parezca, el problema radica en que la identidad social no puede asumirse sin tener como punto de partida la identidad individual. Así por ejemplo, el condicionamiento de clase social puede oscurecer más que aclarar la cuestión, al contener un factor de apocamiento del individuo:

El obrero moderno carece de individualidad. La clase es más fuerte que el individuo y la persona se disuelve en lo genérico. Porque ésa es la primera y más grave mutilación que sufre el hombre al convertirse en asalariado social. (Paz, 1983: 61)

Así entonces, el desafío persistente es reconocer la Forma en cuestión, es decir, ese principio activo y vital, universal y mexicano, colectivo e individual, que encarne y defina una Identidad desde la cual ser y proyectarse, sólo que se ha de buscar por otros derroteros.

El objetivo de las páginas que siguen es señalar cómo Octavio Paz halla una clave para llegar a esa Forma en el lenguaje. Primero, el lenguaje entendido como instrumento de apropiación de una experiencia del mundo heredada, y luego como método de investigación y comunicación de esa experiencia personal proyectada en el ámbito social concreto en que se vive. Lo que quiero decir es que el lenguaje como hecho humano, y luego la lengua histórica (los hispanohablantes tenemos para esto el estupendo nombre de *idioma*) es la primera garantía de filiación histórica y la más privilegiada forma de inserción del individuo en el ámbito

social¹. En otras palabras, una primera clave de identidad está en la lengua. Más acotadamente todavía: en la lengua castellana.

Naturalmente, la clave lingüística no es la única para enfocar el problema de la identidad. Tampoco es una varita mágica que con un toque ha de responder una pregunta que nos acucia desde el origen de nuestra historia conocida. Es, con todo, una clave novedosa y real que tiene objetiva y sin duda fructífera manifestación a lo largo de toda la obra de Octavio Paz.

2. El lenguaje es, como acabamos de insinuar, un sistema complejo que puede ser entendido de muchas maneras complementarias. Sabemos que es, en primer lugar, un sistema de signos organizado como método de comunicación. Es, al mismo tiempo, una institución social. En este sentido, nuestra lengua es, de hecho, el único lazo indesmentible que nos liga al pasado, que mantiene el pasado gravitando sobre el presente, y que puede actuar como generador privilegiado de aglutinación social. En otras palabras, es condición y motor de identidad. Watkins (1976: XXI) lo ha expresado con singular acierto al afirmar que “our ancestors, in a real cultural sense, are our linguistic ancestors.”

Ha llamado la atención que el lenguaje aparece repetidamente como tema explícito en la producción literaria de Octavio Paz, sobre todo en su primera época. Así, entre

¹ En castellano tenemos la posibilidad de distinguir, dentro de la noción de “lenguaje” como sistema de comunicación, entre “lengua”, que hace referencia a la estructura interna del sistema, e “idioma”, que alude a la concreción histórica de tal sistema. El idioma es, o puede ser, guía y marco de referencia en la actividad comunicativa, así como puede ser fuente de identidad. Una descripción del proceso de desarrollo idiomático se encuentra en mi trabajo sobre el idioma estándar (Gallardo, 1978).

otros, observa Martínez Torrón (1979: 134) que “la obra toda de Octavio Paz parece a veces un teatro acerca del lenguaje”. Pocos son, sin embargo, los estudios específicos sobre el particular².

Octavio Paz es un caso, poco frecuente en las letras hispanoamericanas, de un escritor de asombrosa cultura lingüística. Ha habido entre nosotros escritores de gran cultura literaria e idiomática, esto es, de conocimiento profundo de la tradición escrita y de nítida conciencia del poder expresivo de su lengua. (Por mencionar un caso mexicano ejemplar, citemos a Alfonso Reyes.) Pero Paz no sólo conoce su tradición y los recursos expresivos de la lengua, sino que conoce además de la teoría del lenguaje y conoce de primera fuente el trabajo antropológico y sociolingüístico.

Ya hemos señalado la crucialidad de la noción de identidad en Octavio Paz. Hemos señalado también la relación de interdependencia que ve entre identidad y lenguaje. Sin identidad no hay sustento para el ser; sin lenguaje no hay posibilidad de exploración cognoscitiva ni posibilidad de intercambio cultural. Ahora bien: del mismo modo como la identidad es un universal humano que necesariamente ha de afinar en una historia, en una sociedad, en un espacio, el lenguaje es un universal humano que sólo existe como lengua histórica específica, como idioma, según hemos visto. Emblemática es, en este sentido, la valoración que hace Paz del ya mencionado Alfonso Reyes. El primer valor del

² Sobre aspectos específicos de la función del lenguaje en la obra de Octavio Paz, puede verse el trabajo, de orientación propiamente lingüística, de Najt (1979) y el trabajo, enfocado más desde la poética, de Alazraki, (1979). No conozco estudios que indaguen explícitamente en la forma como Paz concibe la estructura y funcionamiento de la lengua.

preclaro maestro es un valor que emana de la funcionalidad comunicativa y cognoscitiva de la lengua que él encarna y expresa:

... la importancia de Reyes reside sobre todo en que leerlo es una lección de claridad y transparencia. Al enseñarnos a decir, nos enseña a pensar. De ahí la importancia de sus reflexiones sobre la inteligencia americana y sobre las responsabilidades del intelectual y del escritor de nuestro tiempo. (Paz, 1983: 146)

Pero el Alfonso Reyes de Octavio Paz no es una lección abstracta de la capacidad heurística y del potencial expresivo de lenguaje. Es un intelectual mexicano de comienzos de siglo, expresión de la cultura mexicana, búsqueda del “alma mexicana”, mediante la muy concreta lengua castellana, que se le aparece sólo de refilón y casi a contrapelo, propiamente “mexicana”:

Tarea ardua y extrema, pues usamos un lenguaje hecho y que no ha sido creado para revelar a una sociedad balbuciente y a un hombre enmarañado. ¡No tenemos más remedio que usar de un idioma que ha sufrido ya las experiencias de Góngora y Quevedo, de Cervantes y San Juan, para expresar a un hombre que no acaba de ser y que no se conoce a sí mismo. Escribir, equivale a deshacer el español y a recrearlo para que se vuelva mexicano, sin dejar de ser español. Nuestra fidelidad al lenguaje, en suma, implica fidelidad a nuestro pueblo y fidelidad a una tradición que no es nuestra totalmente sino por un acto de violencia intelectual. En la escritura de Reyes viven los dos términos de ese extremoso deber. Por eso, en sus mejores momentos, su obra consiste en la invención de un lenguaje y de una forma universales y capaces de contener, sin ahogarlos y sin desgarrarse, todos nuestros inexpressados conflictos. (Paz, 1983: 147)

En el sistema de actitudes lingüísticas latinoamericanas, cuando se llega a plantear el asunto del arraigo de la lengua, está firmemente asentada la noción de transplante, o sea, de discontinuidad histórica: se asume que nuestra lengua es no sólo originaria, sino propia del suelo español, y que el hispanohablante hispanoamericano no termina de ser plenamente en ella. (En palabras de Ostria (1989: 100) pareciera sentirse que “hablar es nombrar con la palabra ajena”.) Don Andrés Bello nos instó hace ya un siglo y medio a considerar el pasado de la lengua no como un pasado ajeno, sino como un pasado compartido con los españoles contemporáneos. En lo que a la historia literaria se refiere, Bello no veía a Garcilaso, a Ercilla, a Cervantes, como escritores “españoles”, sino como hitos de la lengua propiamente dicha, eslabones de una continuidad comunicativa nunca interrumpida. Bello distingue, según la línea de pensamiento esbozada arriba, entre continuidad étnica y continuidad lingüística, siendo esta última, la única propiamente real, esto es, de la cual se puede dar cuenta segura³. Pero la enseñanza del maestro ha tardado en madurar. El propio Paz, como se ha visto, todavía ve a veces en la lengua más lo que esta tiene de española que lo que tiene de elemento de interacción supranacional. Pero, al mismo tiempo, según hemos visto también, entiende que el hibridismo, o quizás sea mejor decir el sincretismo, es consustancial a la cultura americana. Por eso, al par que siente el pasado idiomático como ajeno, también sabe que le es íntimamente propio. Ello se manifiesta sobre todo en la actividad literaria:

³ Una visión general acerca de la obra de Andrés Bello y su significación desde el punto de vista del desarrollo de una cultura del idioma en Hispanoamérica se halla en Gallardo (1982).

Apenas el español pisa tierras americanas, trasplanta el arte y la poesía del Renacimiento. Ellos constituyen nuestra más antigua tradición. Los americanos de habla española nacimos en un momento universal de España. (Paz, 1965: 11)

No sólo eso. Paz es también consciente de la enorme autonomía de la tradición idiomática, que nos llega a imponer su forma de concebir la experiencia cultural y mirar alrededor:

Los poetas [mexicanos] del siglo XVII, a semejanza de los románticos, descubren la naturaleza americana a través de sus modelos europeos. Las alusiones al mundo nativo son el fruto de una doctrina estética y no de la concurrencia de una intuición personal. (Paz, 1995: 13)

La base conceptual de esta actitud hispanoamericana ambivalente hacia el arraigo de la lengua castellana, y la relativa reticencia a considerarla como plenamente embebida en la cultura –o las culturas– nacionales americanas, radica en una concepción desintegradora del desarrollo cultural. Un caso extremo, entre muchos, es el de nuestra Gabriela Mistral, quien nunca se sintió plenamente cómoda en su condición de hispanohablante, pues veía como contradictorias dimensiones complementarias del todo que constituye la persona y la nación. Así, Gabriela, que se sabía obviamente, por su capacidad expresiva, miembro privilegiado de esa comunidad hispanohablante y heredera de una rica tradición, se concebía, por otro lado, étnicamente indoamericana (diaguíta), y de nacionalidad sin duda alguna chilena. Si a ello sumamos su hondo cristianismo, nos hallamos ante un quiebre vital, pues las lealtades que estas instituciones –lengua, raza, religión, nación– generan –lealtad lingüística, lealtad étnica, lealtad religiosa, lealtad nacional– se ven disociadas: cristianismo y lengua castellana son de origen foráneo y no parecen conjugarse fluidamente con raza indoamericana y con

“chilenidad”. Por cierto, sabemos que estos componentes de la identidad, y las concomitantes lealtades, pueden tener orígenes diversos, ocurrir en dimensiones diferentes e integrarse en una unidad cultural generadora, precisamente, de una especial identidad. Ello, por cierto, no significa que, en una determinada situación, una concepción implícita de su naturaleza y funcionamiento deje de generar conflicto. Es, precisamente, lo que sucede a veces con el intelectual hispanoamericano. El caso de Gabriela Mistral no es, ni mucho menos, un caso aislado⁴. No hay que dramatizar, sin embargo, la situación. Desde luego, una concepción conflictiva del arraigo idiomático no necesariamente lleva a una forma de depresión o inseguridad cultural, cuya expresión máxima sería una autoimpuesta mudez. Nada de eso. Hay formas de superar el conflicto. La propia Gabriela Mistral, por continuar con su caso, habrá sido culturalmente contradictoria, pero era, por encima de todo, poeta, y halló en la actividad creadora una solución providencial a sus contradicciones, expresando, en esa lengua castellana que de algún modo se le antojaba ajena, las mayores honduras americanas y los mayores desgarrs personales sin complejo cultural alguno. Del mismo modo, Octavio Paz halla en la actividad literaria una vía de manifestación privilegiada a su necesidad expresiva de mexicano culto, inteligente y creador.

Vale la pena ahondar en este punto.

3. La actividad literaria, en Hispanoamérica, ha sido desde muy temprano un centro privilegiado de indagación, descubrimiento y expresión de identidad cultural. Nuestros

⁴ El problema de la visión conflictiva del arraigo de la lengua en Gabriela Mistral lo trato en Gallardo (1983).

escritores, sobre todo los más grandes, están en la base misma de procesos tan relevantes como el desarrollo de una configuración –mítica u objetiva– nacional y la canalización de actitudes concretas de filiación patriótica. Por citar un solo caso, el chileno, *La Araucana*, de don Alonso de Ercilla, es un libro que se ha constituido en una especie de certificado de nacimiento del país, legitimador de tradiciones, mitologías, historiografías y aun de argumentos geopolíticos en situaciones conflictivas. Nuestra historia latinoamericana, objetivamente, es una historia de contradicciones, de inseguridades, de continuos desencuentros internos y externos, de escamoteos de la propia identidad, de ensayos frustrados de incorporar formas externas de vida y de ensayos más frustrados aun de inventar las propias. El resentimiento, el recelo, las pequeñas y grandes traiciones han sido más la norma que la excepción en nuestros países. En medio de este panorama que a veces desalienta, la actitud de los grandes escritores ha sido muy otra. Personalidades como Domingo Faustino Sarmiento, como Rubén Darío, como Alfonso Reyes, como Pablo Neruda, como el propio Octavio Paz, han asumido la tarea de ser expresión –fuente y foco– de una cultura propiamente hispanoamericana, muchas veces a contrapelo de las desarraigadoras y desintegradoras realidades locales. Es que, como acertadamente apunta Mauricio Ostria (1989: 99):

Ha sido la literatura, en verdad, uno de los instrumentos más eficaces en la creación de esa conciencia unitaria continental. Y es que la creación literaria, al representar uno de los momentos de la reflexividad con que la cultura suficientemente madura se contempla, se constituye en una forma de conocimiento del mundo y reconocimiento de sí en el mundo y, por lo tanto, en una instancia de percepción de la propia identidad cultural.

El propio Octavio Paz, cómo no, es particularmente consciente de la relevancia de la literatura como arte del lenguaje y como actividad social en la conformación y expresión de una identidad cultural mexicana y latinoamericana, así como de la responsabilidad del escritor en este sentido⁵. La literatura expresa la vida de una sociedad, aprehendiendo su lógica interna, y al mismo tiempo que la expresa la va configurando, generándole una forma que es captada en su especial visibilidad como paradigmática. Es importante señalar que Paz no es un romántico ingenuo que cree que la literatura capta el “alma” de la sociedad, que en sí misma estaría constituida de un halo literario. Ni mucho menos: la posición de Paz es que la literatura es simplemente un lugar privilegiado de elaboración cultural basada en el lenguaje, y que tiene, o puede tener, una capacidad hermenéutica y manifestadora de rasgos que la investigación histórico-sociológica o el ajetreo político no son capaces de asumir, por sus objetivas limitaciones. Una razón funcional es que la literatura, y particularmente la poesía, se elabora desde dentro de la sociedad, en su mismo código de comunicación, pero al mismo tiempo mira a esa sociedad desde fuera, objetivándola en un nivel de configuración muy complejo. Así, plantea las relaciones entre poesía y sociedad, con una lucidez encomiable:

... no hay poesía sin sociedad, pero la manera de ser social de la poesía es contradictoria: afirma y niega simultá-

⁵ La relevancia de la literatura, en cuanto arte del lenguaje, en la conformación de una identidad social es tema recurrente en nuestros historiadores y críticos literarios. Con relación a estudios en este sentido referentes a Octavio Paz, es interesante el libro de Rodríguez Padrón (1975). Un ejemplo de trabajo sesgado y superficial en este mismo ámbito es el trabajo de Tamayo Vargas (1979), que no va más allá de ver en topónimos y palabras sueltas la influencia de las diversas lenguas indoamericanas en nuestros hábitos comunicativos.

neamente al habla, que es la palabra social, pero la sociedad no puede realizarse nunca como poesía, nunca es poética... Una sociedad sin poesía carecería de lenguaje: todos dirían la misma cosa o ninguno hablaría, sociedad trashumana en la que todos serían uno o cada uno sería un todo autosuficiente. Una poesía sin sociedad sería un poema sin autor, sin lector y, en rigor, sin palabras. (Paz, 1964: 308)

El punto de partida de la creación literaria es un entorno cultural concreto (“ toda actividad poética se alimenta de la historia” [Paz, 1965: 33]), pero la poesía asume su propia dinámica, que trasciende lo inmediato:

Hecha de la sustancia misma de la historia y la sociedad: el lenguaje, la poesía tiende a recrearlo bajo leyes distintas a las que rigen la conversación y el discurso. (Paz, 1983: 34)

Existe un área donde lo que venimos comentando halla una madurez expresiva particular, así como un afincamiento profundo en el legado cultural, permitiendo por ende una especie de sublimación de la identidad personal embebida en lo social. Esta área es la actividad poética propiamente tal, esto es, la escritura de poemas. Si somos capaces de hallar en la actividad poética de Octavio Paz claves que nos iluminen su concepción de la identidad, así como su concepción del lugar del lenguaje en la configuración de esa identidad, nuestro conocimiento será más sólido y más confiable. La razón última es que se trata de una zona de elaboración más íntima, que si bien es regida por la inteligencia lúcida, no es reflexión explícita y manifiesta el sistema más internalizado de actitudes culturales.

Hemos dicho que un leitmotiv en la obra de Paz es el tema de la identidad, y que para él un componente central de

la identidad es el lenguaje. Pues bien, esa continua investigación y su concomitante expresión aparecen nítidamente signadas en el Octavio Paz poeta, y muy especialmente en los poemas de su primera época. La capacidad de interpretación de los hechos de la cultura adquiere en la poesía de Paz una diafanidad lúcida que nos sorprende. Esto ocurre porque hallamos aquí aunadas fuerzas humanas que suelen canalizarse por vías diferentes, como es la capacidad de teorizar integrada en la sensibilidad, o sea, el equilibrio, por decirlo así, entre mente y cuerpo, la capacidad de conocer solazándose en el conocimiento; por otro lado, la aprehensión cognoscitiva se hace también presencia real en el entorno geográfico, histórico y cultural, lo que, como señalábamos al comienzo, es equivalente a identidad asumida vital y conscientemente. Como lo ha expresado Fidel Sepúlveda:

lo que era cuando prosa alusión y referencia que ilustraba e informaba a una parte del hombre, acá deviene encarnación del sentido que revela y crea humanidad en una cobertura, la más amplia y honda de que se tenga memoria. (1993: 19)

Hemos dicho que el lenguaje es motivo recurrente en la obra de Octavio Paz. Podemos afirmar ahora que el lenguaje es, precisamente el gran tema de su primera gran colección de poemas, esto es, *Libertad bajo palabra*, publicado en 1960 (reeditado en 1965), con poemas que van de 1935 a 1957, y al cual se limitan las observaciones que siguen. Este libro es, en gran medida, una amplia reflexión acerca del lenguaje, acerca de su función integradora de identidad, acerca del proceso de significar y de comunicar. La palabra poética se hace aquí

verdadero método de investigación, si se puede decir, “lingüística en el poema”⁶.

En primer lugar, se debe enfatizar el hecho de que la poesía de Octavio Paz es explícitamente intelectualizada, y por ende ajena a todo “color local”. Quien busque emotividad fácil y mexicanerías en el poeta simplemente no las hallará. Pero, al mismo tiempo, es una poesía que resulta incomprendible desligada de su entorno mexicano. Es, parafraseando a nuestro Lihn, una poesía situada⁷. Sin embargo, lo que nos interesa en este trabajo no es la poesía de Paz como interpretación de una continuidad etno-social mexicana, sino la comprensión de la función del lenguaje en el proceso de interpretación de la experiencia personal y colectiva, y concomitantemente su rol en la conformación de la propia identidad. Por eso, dejamos a un lado piezas fundamentales, donde el énfasis está más en lo étnico que en lo idiomático, como es el caso del extraordinario poema “Piedra de sol”, por ejemplo.

⁶ La expresión “lingüística en el poema” la he utilizado, no sé con qué grado de éxito, para referirme al hecho de que Jorge Guillén ha sido capaz de expresar en un poema toda una teoría del lenguaje, más concretamente, de la denominación (Gallardo, 1991). Digamos de paso que gran parte de la obra poética de Guillén es una reflexión acerca del lenguaje, de la poesía y de la cultura. Se detecta en ella una honda cultura lingüística subyacente al trabajo creador de poeta propiamente tal. Sabemos que Octavio Paz frecuentó a Guillén, de modo que no es aventurado suponer un intercambio de puntos de vista sobre el particular entre ambos escritores. Menciono una sola coincidencia: el amanecer, la luminosidad como metáfora del lenguaje en tanto aprehender y expresar.

⁷ Sobre la noción de “poesía situada”, tan cara a Enrique Lihn, puede verse el libro de Lastra (1990) y el trabajo de Ostria (1992). Aquí lo que importa señalar es que, si bien todo poema, toda obra cultural, se genera y existe en una situación geográfica, histórica y social concreta, sólo algunos escritores elaboran su trabajo haciendo cuestión explícita de su entorno. Esto es tan radicalmente diferente de la poesía descriptiva o localista como de la poesía teorizante o dogmática. Sobra decir que Lihn fue un lúcido lector de Octavio Paz.

Ya en los textos de juventud y casi adolescencia se manifiesta el interés de Octavio Paz por el lenguaje como tema del poema. Algunas veces es un mero regocijarse con la conciencia de poseer la capacidad lingüística, lo que unido al desparpajo cultural genera piezas como “Las palabras”, donde se concibe el trabajo poético como un juego sin mayores trascendencias:

Dales la vuelta,
Cógelas del rabo (chillen, putas),
Azótalas, dales azúcar en la boca a las rejegas,
...
hazlas, poeta,
haz que se traguen todas sus palabras
(Paz, 1968: 59-60)

Pero persistentemente aparece también una primera aproximación al hecho central del lenguaje, cual es su función primaria de dar forma a la experiencia humana –personal y colectiva– para hacerla comunicable. Como sabemos desde Saussure, pasando por Hjelmslev, esa experiencia es una mera sustancia, materia prima, que para ser comunicable debe primero hacerse forma, o sea, organizarse y entrar sistematizada al umbral de la conciencia. Así lo entiende nítidamente el poeta. El mundo, antes del lenguaje, es oscuridad, orfandad, sueño, ausencia:

Sombra, trémula sombra de las voces.
Arrastra el río negro mármoles ahogados.
¿Cómo decir del aire asesinado,
de los vocablos huérfanos,
cómo decir del sueño?
(Paz, 1968: 53)

Antes del lenguaje, en la sociedad y en el individuo, todo es indistinto; solo la sistematización del lenguaje genera un principio de orden, al establecer distingos, no en el mundo mismo, sino en nuestra aprehensión, en nuestra experiencia del mismo, iluminando el conocer y el comunicar:

Todos eran todo

Sólo había una palabra inmensa y sin revés

Palabra como un sol

Un día se rompió en fragmentos diminutos

Son las palabras del lenguaje que hablamos

Fragmentos que nunca se unirán

Espejos rotos donde el mundo se mira destrozado.

(Paz, 1968: 122)

El lenguaje, entonces, es una instancia de investigación en una materia informe, la experiencia del mundo, un principio de aprehensión generadora de orden y de sentidos; es un instrumento heurístico, henchido de potencialidad cognoscitiva y comunicativa. Gracias al lenguaje ese mundo es apto para la comunicación, para el canto (puesto que la poesía es manifestación privilegiada de lo mejor del lenguaje):

Al alba busca su nombre lo naciente...

El mundo alza la frente aún desnuda

Piedra pulida y lisa para grabar un canto.

(Paz, 1968: 121)

Ahora bien: precisamente de esa capacidad de investigación, que genera potencialidad comunicativa, propia del lenguaje, emana una segunda clase de funcionalidad, como es la de centrar al ser humano en su espacio y en su tiempo. Digámoslo de una vez: el lenguaje es también principio de identidad, de arraigo. El lenguaje nos pertenece, pero en cierto modo también le pertenecemos, tal como la

sociedad en la cual vivimos. Sin el lenguaje somos seres sin sustancia, sin pertenencia: “Hoy lucho a solas con una palabra. La que me pertenece, a la que pertenezco: ¿cara o cruz, águila o sol?” (Paz, 1968: 146)

Así es, porque sólo mediante el lenguaje el ser humano se encuentra consigo mismo, se hace uno con su cuerpo:

Tú ríes y te peinas distraída
Un día comienza a tus pies
Pelo mano blancura no son nombres
Para este pelo esta mano esta blancura
Lo visible y palpable que está afuera
Lo que está adentro y sin nombre
A tientas se buscan en nosotros
Signan la marcha del lenguaje
Cruzan el puente que les tiene esta imagen
Como la luz entre los dedos se deslizan
Como tú misma entre mis manos
Como tu mano entre mis manos se entrelazan
Un día comienza en mis palabras.

(Paz, 1968: 125)

El poder del poema, de la aprehensión metafórica es, según se ve, comparable al de la reflexión del filósofo o la indagación del científico. Y tiene, además, una ventaja, la cual es que se trata de un conocimiento que integra lo intelectual y lo emotivo, la mente y el cuerpo. Una consecuencia no marginal de ello es que el lenguaje es también fuente de fruición, la más intensa forma de encuentro de uno con uno mismo:

El día tiene forma de río
En sus riberas brillan las plumas de tus cantos
Dulzura del agua en la hierba dormida
Agua clara vocales para beber

Vocales para adornar una frente unos tobillos

Habla

Toca la cima de una pausa dichosa

Y luego abre las alas y habla sin parar.

(Paz, 1968: 124)

4. Hay un poema que resume de modo admirable esta concepción del lenguaje embebida en la poesía de esta primera época de Octavio Paz. Se trata de “Semillas para un himno”, perteneciente a la sección homónima de *Libertad bajo palabra* (Paz, 1968: 137 y Sigs.). Aquí, el poeta deja definitivamente de lado sus inseguridades en cuanto al arraigo de la lengua castellana en el suelo y la sensibilidad mexicana. La lengua castellana no es un instrumento prestado, sino el modo más íntimo de expresión del hablante latinoamericano, que se siente plenamente, vitalmente, inserto en ella. Por eso el lenguaje puede ser método y guía del conocer, lugar de integración de todo el ser humano y, por cierto, espacio de himno, esto es, de celebración de la vida, del cuerpo, de la inteligencia, de la historia, de la tierra, de la cultura.

Ya el título mismo del poema insinúa que se trata de un texto metalingüístico. Se abre con la conciencia de que nuestro entorno físico y cultural es una sucesión de instantes, de sensaciones fugaces, dentro de las cuales podemos hallar hitos, momentos privilegiados tras de los cuales hay, no obstante, un principio de continuidad:

Infrecuentes (pero también inmerecidas)

Instantáneas (pero es verdad que el tiempo no se mide

Hay instantes que estallan y son astros

Otros son un río detenido y unos árboles fijos

Otros son ese mismo río arrastrando los mismos árboles)

Estas fugacidades encierran la vida entera, desde formas de toma de conciencia del mundo (“instantáneas noticias favorables”) hasta fuentes de súbito placer (“islas en llamas en mitad del Pacífico”) y, privilegiadamente, el regusto mayor de lo erótico (“como el sol la muchacha que se abre paso como la llama que avanza”), donde lo instantáneo no desdice de una cierta permanencia (“tus hombros tienen la marca de los dientes del amor”). ¿Cuál es la fuerza misteriosa que da sentido y estabilidad a esta vertiginosa seguidilla de instantes? Por cierto, el lenguaje, que busca, encuentra, expresa y centra. Al comienzo, desorientado en medio de tantas solicitudes que lo presionan, el poeta no logra identificar esa fuerza de unidad y sentido (“no llegan siempre en forma de palabras”), porque, además, el lenguaje es tan parte nuestra, o nosotros tan parte del lenguaje, que no distinguimos, por decirlo así, las palabras de las cosas y nos entretenemos en el juego (“como en la infancia cuando decíamos “ahí viene un barco cargado de...””), hasta que, en otro instante privilegiado de lucidez, se toma conciencia de ese lenguaje y de su inmenso poder:

La luz se abre en las diáfanas terrazas del mediodía

Se interna en el bosque como una sonámbula

Penetra en el cuerpo dormido del agua

Por un instante están los nombres habitados.

El poema, con el poder de su aprehensión metafórica, ha logrado, casi milagrosamente, lo que el peso de la tradición intelectual y de la reflexión cultivada no han podido: comprender los mecanismos sustanciales del lenguaje y su capacidad generadora de identidad. Ha logrado también expresar la fugacidad del instante con garantía, si no de permanencia, al menos de cierta universalidad. El poema ha hecho que un mexicano, en castellano, se encuentre

armónicamente con su conflictiva raíz y, de paso, nos afinque culturalmente a los otros hispanohablantes. El poema es, quizás, el único ámbito donde de veras se habitan los nombres.⁸

Referencias

- Alazraki, Jaime. 1979. "Para una poética del silencio", en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 343,344,345 (Homenaje a Octavio Paz), Pp. 122-144.
- Gallardo, Andrés. 1978. "Hacia una teoría del idioma estándar", en *RLA* N° 16, Pp. 85-119.
- , 1982. "Andrés Bello y la conciencia del idioma", en *Atenea*, N° 445, Pp. 123-136.
- , 1983. "Planificación lingüística y ejemplaridad literaria. Gabriela Mistral y la cultura del idioma", en *RLA* N° 21, Pp. 107-105.
- , 1991. "Lingüística en el poema", en *Acta Literaria* N° 16, Pp. 105-112.
- Lastra, Pedro. 1990. *Conversaciones con Enrique Lihn*. Santiago: Atelier Ediciones.
- Malmberg, Bertil. 1971 (2°). *La América hispanohablante*. Madrid: Istmo.

⁸ Mi conocimiento de la poesía de Octavio Paz no pasa de ser el de un mero lector crecientemente asombrado. Todo mi aparataje teórico e histórico propiamente literario – obras relevantes, estudios críticos, ubicación y valoración dentro del desarrollo de la literatura hispanoamericana– se lo debo a Mauricio Ostria, a quien aprovecho de agradecer por su paciencia y buena disposición y a quien, por cierto, eximo de toda responsabilidad en cuanto a los planteamientos discutibles que pueda contener mi propio trabajo.

Martínez Torrón, Diego. 1979. "Escritura, cuerpo del silencio", en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 343,344,345 (Homenaje a Octavio Paz), Pp. 122-144).

Najt, Myriam. 1979. "¿Una trampa verbal? La fijeza es siempre momentánea", en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 343,344,345 (Homenaje a Octavio Paz), Pp. 11-121.

Ostria, Mauricio. 1989. "Lo uno y lo diverso en la literatura hispanoamericana", en *Estudios Filológicos* N° 24, Pp. 97-102.

----- . 1992. "Enrique Lihn o la desdicha sin respuesta", en *Revista de crítica literaria hispanoamericana* N° 35 (Lima), Pp. 49-60.

Paz, Octavio. 1983 [1950]. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

----- . 1965 (2°). *Las peras del olmo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

----- . 1968 (2°). *Libertad bajo palabra. Obra poética (1935-1957)*. México: Fondo de Cultura Económica.

----- . 1971. *Los signos en rotación y otros ensayos*. Madrid: Alianza Editorial.

Rodríguez Padrón, Jorge. 1975. *Octavio Paz*. Madrid: Ediciones Júcar.

Sepúlveda Llanos, Fidel, y Luis Cecereu Lagos. 1993. *Octavio Paz: poética e identidad*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Estética, Colección Aisthesis 12.

Tamayo Vargas, Augusto. 1979. "Octavio Paz sumergido en el meollo de la cultura hispanoamericana", en *Cuadernos Hispanoamericanos* N° 343,344,345 (Homenaje a Octavio Paz), Pp. 77-88.